

Cuatro nóminas duplicadas de los señores Gabriel Salazar, José Vicente López, Angel María López y Prudencio Cucha, y una cuenta, por cobrar, que no fueron reconocidas en setiembre por cuanto fueron remitidas á la Oficina, mucho después de que se pasó la Carta de aviso, y una renuncia, también sin despachar, del señor Caicedo V.

Ocho legajos de talones de órdenes de pago, correspondientes uno á los años de 1878 y 1879; cuatro al de 1880; y tres al de 1881.

Un legajo de listas de asistencia en el año escolar de 1881 á 1882,

Una coleccion de *Los Anales del municipio de Pasto*.

Una id de id id del de Barbacons,

Dos colecciones de *Los Anales de la Legislatura*, correspondientes á los años de 1879 y 1881.

Un cuadro numérico &.

Tres programas de certámenes públicos en las Escuelas de las ciudades de Palmira y Pasto.

Un legajo de listas de asistencia á las Escuelas del municipio en los años de 1879, 1880 y 1881.

Ciento sesenta esqueletos de listas de asistencia.

Seis id del personal de las Escuelas &

Veintidos id del estado de la enseñanza &

Diez y siete id del mobiliario & &.

Ocho atlas pequeños por Cortambert.

Un legajo de contratos.

Un id de actas de visita.

Un id de documentos correspondientes á la Cuenta ordenadora de la Delegacion en el año de 1878, comprendiendo los libros Diario y Mayor en 1880.

Un Código de Instrucción Pública.

Dos ejemplares de la ley 45 de 1879 y uno de la 32 de 1877.

Treinta y dos esqueletos para órdenes de pago.

Diez y seis id id cartas de aviso.

Dos cajas jises.

Veintiuna pizarras.

Treinta y dos libros de lectura número 1.º

Seis tinteros de plomo.

Tres gramáticas por Guzman.

Cuatro cajas plumas de acero.

Dos cajas de tiza.

Dos paquetes tinta en polvo.

Dos docenas lápices para papel.

Cinco mapas de los Estados.

Una cartilla agraria.

Un tarro betun para tableros.

Un libro copiador general en 1877, y cuatro en 1880 y 1881, comprendiendo el de decretos y resoluciones.

Dos libros Diario y Mayor, comprensivos de la Cuenta ordenadora de la Delegacion en 1881.

Un Código de ordenanzas vigentes en el municipio de Popayan.

NOTA.—Se advierte, que la entrega y recibo de los útiles de enseñanza consta de los Copiadores de la Oficina y de la correspondencia de los distritos respectivos, como puede verse en los legajos.

Popayan, octubre 17 de 1881.

A. RAMOS—IGNACIO V. MARTÍNEZ.

EL CARACTER POR SAMUEL SMILES.

(Continuacion).

Cowley, hablando de la influencia de los primeros ejemplos y de las primeras ideas que penetran en nuestras almas, los compara á letras grabadas en la corteza de un árbol nuevo, que crecen y se ensu-

chan con los años. Las impresiones que recibimos entónces, por ligeras que parezcan, no se borran jamas. Las nociones que se incalcan en el espíritu son como semillas sembradas en la tierra: duran allí algun tiempo y allí germinan, y más tarde producen hechos, pensamientos y hábitos. Y por eso la madre revive en sus hijos; porque ellos sin saberlo copian sus palabras, su conducta y su manera de vivir. Los hábitos de ella vienen á ser los de ellos, y el carácter de ella en ellos se refleja visiblemente.

Ese amor maternal es la providencia visible de nuestra raza: su influencia es constante y univereal. Comienza con la educacion del ser humano al preludio de la vida y se prolonga luego en virtud de la accion que una buena madre ejerce sobre sus hijos. Una vez lanzados en el mundo; para que cada uno lleve la parte de trabajos, de sinsabores y de pruebas que le corresponde; ellos vuelven á buscar á la madre cuando arrecian los pesares y los tropiezos, para recibir de ella, ora sabios consejos, ora cariñosos consuelos. Los pensamientos nobles y puros que ella plantó en sus corazones cuando eran niños, continúan dando buenos frutos aun despues de muerta ella; y, cuando ya de ella sólo queda la memoria, sus hijos la honran y la bendicen.

Puede afirmarse sin recelo que la ventura ó la desgracia, las luces ó la ignorancia, la civilizacion ó la barbarie, que se encuentran en el mundo, dependen en gran parte del poder ejercido por la mujer en ese su reino, en el hogar doméstico. Emerson dice, y con sobrada razon, que "la influencia de las mujeres virtuosas es suficiente medida de la civilizacion". No seria arriesgado decir que es la posteridad la que contemplamos en la persona del niño que se encuentra en el regazo de la madre: como que lo que ese niño habrá de ser más tarde, depende sobre todo de la primera educacion que se le haya dado.

La educacion de la mujer es humana sobre toda otra educacion. El hombre es la cabeza, pero la mujer es el corazon de la humanidad; si él es la razon, ella es el sentimiento; si él es la fuerza, ella es la gracia, el ornato y el consuelo de la humanidad. La inteligencia misma de la mujer más buena parece no obrar sino á impulso de sus afectos. Y por eso aunque el hombre dirija el juicio, la mujer es la que cultiva los sentimientos, y los sentimientos son los que determinan el carácter. Mientras él abastece la memoria, ella ocupa el corazon. Ella nos hace amar lo que él no puede hacernos creer, y ella es quien nos pone en capacidad de llegar hasta la virtud.

La influencia diversa del padre y la madre en la formacion y desenvolvimiento del carácter, se muestran de una manera sorprendente en la vida de San Agustín. Su padre era un pobre ciudadano de Tagasta, que, envaneido con el talento de su hijo, trataba de que éste adornase su espíritu con la ciencia más elevada que se aprende en las escuelas, y merecia los elogios de sus amigos por los sacrificios "superiores á sus recursos," que con ese objeto se imponía. La madre del Santo, Santa Mónica, por el contrario, no pensaba sino en encaminar el alma de su hijo á las más altas regiones del bien. Con el tacto y el cuidado que su dulce piedad le sugeria, ella le colmaba de advertencias y consejos, y le suplicaba que fuese casto; aun en medio de las angustias y de las desazones que la desarreglada vida de ese hijo tan querido le causaba, ella nunca cesó de orar por él hasta que Dios oyó sus oraciones y le otorgó lo que pedia. Así su amor acabó por triunfar; la paciencia y la bondad de la madre fueron recom-

enseñada no sólo con la sorprendente conversión de nuestro hijo, sino también con la de su esposo.

Después de esto murió, Mónica, movida de ternura, siguió hasta Milan á San Agustín, á fin de velar por él, y ya el Santo tenía treinta y tres años cuando ella murió. Pero, como él mismo lo refiere, fué en la primera parte de su vida cuando el ejemplo y las instrucciones de su madre penetraron más profundamente en su corazón, y decidieron para siempre de su carácter.

No es raro ver que las primeras impresiones que se han grabado en el espíritu del niño se revelen más tarde, en el curso de la vida, en obras meritorias, después de un período intermedio de egoísmo y corrupción. Suceden los padres hacer todo lo que pueden para desarrollar en sus hijos un carácter recto y honrado, y parece que trabajan en vano. Egeo, si dijéramos, predicar en desierto. Algunas veces, sin embargo, cuando hace ya largo tiempo que los padres han pasado de esta vida—veinte, ó acaso más años después—el sabio precepto, el buen ejemplo que ellos dieron á sus hijos y á sus hijas acaban por germinar y dar sazonado fruto.

El R. John Newton d'Olney, amigo de Cowper, el poeta, nos ofrece una de las pruebas más notables de lo que acabamos de decir. Largo tiempo después de la muerte de sus padres, y después de haber llevado una vida nada buena, como hombre y como cristiano, volvió súbitamente sobre sí aterrado de su depravación. Surgieron entonces en su memoria las palabras de su padre, cuya voz, que él creía oír con claridad de la tumba, le restituyó poco á poco á la virtud y á la sabiduría.

Otro ejemplo del mismo género no presenta John Randolph, el estadista americano, que decía una vez: "Yo hubiera sido ateo si hubiese podido olvidar una sola cosa—el recuerdo del tiempo en que mi buena madre me tomaba en las suyas mi mano, y me hacía poner de rodillas para decir: Padre nuestro que estás en los cielos!"

Tales ejemplos, empero, debemos considerarlos como excepcionales. El carácter conserva en general la dirección que recibió en la infancia, y llega gradualmente á su forma decisiva á medida que se acerca la adolescencia. "Sea cual fuere la duración de nuestra vida—escribió Southey—los veinte primeros años serán siempre los más largos y los más fértiles en consecuencias".

Cuando el doctor Walcot, gastado por su triste vida de difamación y de escándalo, se encontraba en el lecho de muerte, uno de sus amigos le preguntó si podía complacerle en algo: "Sí,—respondió el moribundo con presteza—devuélveme mi juventud." Su juventud! sólo eso le faltaba, y entonces se habría arrepentido, se habría reformado. Pero era demasiado tarde! Su vida llevaba ya tiempo de estar atada y sujeta con las cadenas del hábito.

Grétry, el célebre compositor, tenía tan alta idea de la importancia de la mujer para la educación del carácter, que definía á una buena madre, como "la

hablando de la fuerza del hábito, dice San Agustín en sus Confesiones: "Yo suspiraba, Dios mío, por esta libertad de no pensar sino en vos; pero yo suspiraba todavía cuando estaba atado, no por fierros extraños, sino por mi propia voluntad que era más dura que el hierro. El demonio la tenía en su poder; había hecho de ella una cadena y con ella me había ligado; porque, al malquistarnos con la voluntad, nos ponemos al servicio de las pasiones; al abandonarlas á las pasiones nos entregamos al hábito; y, no resistiendo al hábito, nos sujetamos á la necesidad de continuar en el vicio. Así, pues, esta serie de corrupción y de degeneración, como otros tantos anillos enlazados entre sí, forman una cadena, con la cual mi enemigo me tenía cautiva en cruel servidumbre." (Confesiones de SAN AGUSTÍN, l. VIII, cap. V.)

obra maestra de la naturaleza." Y tenía razón, porque las buenas madres, aun mucho más que los padres, contribuyen á la renovación perpetua de la humanidad, una vez que ellas son las que crean la atmósfera moral del hogar doméstico, que alimenta el espíritu del hombre como la atmósfera física alimenta su cuerpo. Por su buen natural, por su dulzura y su benignidad, bajo la égida de su inteligencia, la mujer infunde en todos los que la rodean una sensación de bienestar, de contento y de paz, que es igualmente favorable al desenvolvimiento de las naturalezas más puras y más varoniles.

La más humilde morada, si reina en ella una mujer virtuosa, económica, aseada y placentera, puede convertirse en un asilo de comodidad, de virtud y de ventura; puede ser teatro de muy honrosas relaciones de familia; despertar en el hombre los más caros recuerdos, y ser para su corazón un santuario, un refugio en las tormentas de la vida, un grato lugar de reposo después del trabajo; y más aún, ese recinto será su consuelo en la desgracia; su orgullo en la prosperidad, y en todo tiempo su alegría.

Un buen hogar es la mejor de las escuelas, no solamente en la juventud, sino en la misma ancianidad. Allí es donde los jóvenes y los viejos aprenden á ser joviales y sufridos; á dominarse á sí mismos, y á templar el alma para el sacrificio y el deber. Isaac Walton, hablando de la madre de George Herbert, dice que ella gobernaba su familia con discreta diligencia, sin rigor ni aspereza, pero que era tan dulce y se mezclaba con tanta complacencia en las recreaciones y en los placeres de los jóvenes, que éstos se hallaban siempre dispuestos á pasar á su lado la mayor parte del tiempo de que podían disponer, lo cual era para ella motivo de suma alegría.

El hogar doméstico es la verdadera escuela de la urbanidad, en que siempre fué la mujer el mejor y el más práctico de los maestros. "Sin la mujer—dice un proverbio provenzal—los hombres no serían sino osos mal lamidos." Puede decirse que el hogar doméstico es el centro de donde emana la filantropía. "Amemos el pequeño hogar á que pertenecemos en la sociedad—dice Burke—y tendremos el germen de todos los afectos." Los hombres más sabios y eminentes no se han avergonzado de confesar que para ellos la mayor ventura, la dicha suprema, consistía en alternar con sus chiquillos en el círculo inviolable de la familia. Una vida privada en que senoten la pureza de costumbres y el cumplimiento del deber, no es la menos eficaz de las escuelas para la carrera de las obligaciones y de los trabajos públicos; y el hombre que ama su hogar, no puede menos de estar dispuesto á amar y servir á su patria.

Pero esos hogares, que son los plantales del carácter, pueden, en vez de ser la mejor, trocarse en la peor de las escuelas. Entre la infancia y la adolescencia, el mal que la ignorancia puede causar en la familia, es incalculable. Desde el primer soplo de la vida hasta el último, cuántas enfermedades, cuántos sufrimientos morales son á veces ocasionados por madres ó por no-brizas inexpertas! Confía un niño á los cuidados de una mujer ignorante é indigna, y no habrá cultura alguna que pueda remediar más tarde el mal que le habeis causado. Si la madre fuere dada al ocio, al vicio y al desaseo; si la casa fuere invadida por el espíritu de trapaería, de rebeldía y de descontento, esa casa no será más que una miserable morada, que no solamente no buscaremos sino de la cual deberemos alejarnos; y los niños en semejante recinto criados, se harán desmembrados y

deformes, y serán causa de desventura para sí mismos y para los demás.

Solía decir Napoleón "que la conducta futura de un niño, buena ó mala, dependía enteramente de la madre." Él atribuía en parte su grande elevación al cuidado que había tenido su madre de desarrollar su fuerza de voluntad y su energía. "Nadie tenía autoridad sobre él—dice uno de sus biógrafos—excepto su madre, que, por una mezcla de ternura, de severidad y de justicia, halló el medio de hacerse amar, respetar y obedecer de él."

M. Tufnell, en uno de sus informes sobre las escuelas, nos enseña de una manera curiosa hasta qué punto puede considerarse el carácter del niño como dependiente del de la madre. Tan bien establecida se encuentra esta verdad, que ha habido quien se haya servido de ella para un cálculo interesado: "Me han referido—dice—en una gran fábrica en que estaban empleados muchos niños, que los directores, antes de recibir á un chico, se informaban siempre del carácter de la madre, porque, si los informes eran satisfactorios, estaban casi seguros de que los niños se manejarían bien. No daban, empero, importancia alguna al carácter del padre."

So ha observado tambien que en ciertos casos en que el padre no andaba por buen camino, en que se había entregado á la beodez y á la disipación, la familia todavía se sostenía, con tal que la madre fuese prudente y juiciosa, y los hijos se abrían en la vida una carrera honorable; mientras que, por el contrario, cuando es la madre la que se extravía, es raro que los hijos tengan buen fin, por buena que sea la conducta del padre.

La mayor parte de la influencia que la mujer ejerce en la formación del carácter, queda necesariamente desconocida. Ella realiza su obra en la tranquila y discreta intimidad del hogar de la familia, mediante esfuerzos sostenidos, y sigue con dulce perseverancia la senda del deber. Como sus mayores triunfos son de naturaleza privada é íntima, rara vez alcanzan publicidad. Casi nunca se hace mérito, ni en las biografías de los hombres distinguidos, del papel que en su educación han desempeñado sus madres, ni de la tendencia al bien que ellas supieron inspirarles. A ellas, empero, no les falta su recompensa: la influencia que han ejercido les sobrevive, á pesar del silencio de la historia, y siguen propagándose en sus resultados.

Rara vez se habla de grandes mujeres como se habla de grandes hombres. Las mujeres virtuosas son las que se nos citan como modelos, y es probable que, al dirigir hácia el bien los caracteres que estaban encargadas de formar, ellas realizaron una obra más meritoria que si hubiesen pintado magníficos cuadros, ó habiesen escrito hermosos libros, ó compuesto grandes óperas. "Muy cierto es—dice José de Maistre—que las mujeres no han producido obras maestras. No han escrito ni la *Iliada*, ni la *Jerusalén libertada*, ni el *Hamlet*, ni la *Fedra*, ni el *Paraiso perdido*, ni el *Tartufo*; no han construido la basílica de San Pedro; no han compuesto la *Mesida*, ni esculpido el *Apolo de Belvedere*, ni pintado el *Jurcio final*; no han inventado ni el álgebra, ni los telescopios, ni las máquinas de vapor; pero ellas han hecho algo más grande y más bello que todo eso, porque en su regazo se criaron seres rectos y virtuosos, hombres y mujeres, y esas son las más bellas producciones de la naturaleza."

De Maistre, en sus cartas y en sus escritos habla

de su madre con grande amor y profundo respeto. Su noble carácter hacia venerables á sus ojos á todas las mujeres, y habla de ella como de su "madre sublime, ángel á quien Dios prestó un cuerpo por un breve espacio de tiempo." A ella atribuye él la tendencia de su carácter y sus aspiraciones al bien, y, cuando era ya de edad madura y fue de embajador á San Petesburgo, atribuía al noble ejemplo y á los preceptos de ella, la influencia que había gobernado toda su vida.

Escribiendo un día á uno de sus hermanos, le decía: "A seiscientas leguas de distancia, las ideas de familia, los recuerdos de la infancia, me enajenan de tristeza. Veo á mi madre que se pasea en mi aposento con aquel su santo semblante, y, al escribir esto, lloro, como un niño!" De Maistre tenía á la sazón cincuenta y un años.

Uno de los rasgos más encantadores del carácter de Samuel Johnson, á pesar de su aspecto rudo y desmanerado, fué la ternura con que hablaba constantemente de su madre,* mujer de una inteligencia superior, que, como él mismo lo reconoce, difundió en su espíritu sus primeras nociones religiosas. El acostumbraba, aun en las más apuradas circunstancias de su vida, cercenar su escasa renta para atender ampliamente al bienestar de la pobre anciana; y uno de sus últimos actos de piedad filial fué escribir el *Rasselas* á fin de pagar las deudas y los funerales de su madre. Jorge Washington tenía apenas once años, y era el mayor de cinco hijos cuando murió su padre. Su madre era una mujer superior en todo sentido, entendida en los negocios, acabada señora de su casa, y dotada de una gran fuerza de alma. Tenía que educar á sus hijos, que gobernar en una gran casa, que dirigir vastas haciendas, y cumplir con todos estos deberes con un éxito completo. Su buen juicio, su asiduidad, su ternura, su industria y su vigilancia le permitieron sobreponerse á todos estos obstáculos; y como recompensa á su solicitud y á sus esfuerzos, tuvo la dicha de ver á todos sus hijos entrar en la vida bajo felices auspicios y desempeñar la misión impuesta á cada uno de ellos, de una manera igualmente honrosa para ellos mismos y para la venerada madre que había sido la única guía de sus principios, de su conducta y de sus costumbres.

La biografía de Cromwell habla poco del padre del Protector; pero se extiende sobre el carácter de su madre, á quien pinta como una mujer de raro vigor y de gran decisión: "mujer, digo, que poseía la preciosa facultad de bastarse á sí misma cuando carecía de todo otro auxilio; á quien los caprichos de la fortuna encontraron siempre pronta, aun en la suprema adversidad; cuyo valor y energía igualaban á su dulzura y á su paciencia; que, con el trabajo de sus manos, pudo dar á sus cinco hijos dotes suficientes para enlazarse con familias muy honorables, pero más ricas que la suya; mujer cuyo único orgullo era la virtud, y cuya única pasión era el amor á los suyos; que conservó en el santuoso palacio de Whitehall la sencillez de costumbres que había traído de la vieja cervecería de Huntingdon, y que, en medio de todo su esplendor, no se preocupaba sino de una cosa, de la salud de su hijo en su peligrosa elevación."

* Véanse las cartas escritas por Johnson á su madre cuando ella tenía noventa años y él cincuenta. En *Boswell de Crozer*, ed. en 8.º, p. 113 y 114.